

SOBRE LA INTERVENCIÓN AMERICANA

SI LOS ESTADOS UNIDOS ANULAN LAS ELECCIONES, EL GENERAL MENOCAI TENDRÁ QUE RENUNCIAR A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Un cubano distinguidísimo, el General Carlos Guás se refiere en un diario de ayer a mis declaraciones contra la intervención americana, formuladas ante el Comité Ejecutivo del Partido Liberal.

Manifiesta con innegable razón el general Guás, que cuando mi declaración llegó al Comité ya él había consumido dos turnos contra el intento de traer a nuestra pobre patria el peligro cada día mayor de la intervención.

Minutos antes o después: lo mismo da. A mis órdenes ha combatido el general Guás, como yo lo hubiera hecho con el mismo honor a las órdenes de él.

Lo importante y favorecedor para mí es haber tenido siempre la honrosa compañía del general Carlos Guás, peleando ayer por la Independencia, defendiendo todavía en las desventuras de hoy el mismo supremo ideal, la independencia de Cuba.

No obstante, el general Guás no ha interpretado bien el fundamento de mi vieja hostilidad a la Intervención. Declaré que el venirnos encima esa calamidad es una razón más para no solicitarla.

Pero esta razón, única que podía ya invocarse ante sinceros partidarios de tal intervención, no puede de ningún modo ni excluir ni hacer olvidar las reiteradas y constantes argumentaciones, que en artículos y discursos, pálidos por ser míos, he aducido siempre, desde Septiembre de 1906, contra el intento ciego de arrojar a la hoguera de nuestra discordia hasta la Independencia de la Patria.

Cuando por el Palacio de Magoón desfilaba la larga procesión de solicitudes, yo nunca subí a ese Palacio sino para demandar una sola cosa: la Independencia de Cuba!

Sabe el General Guás,—y todos mis compañeros de 1906,—que entonces escribí a nuestro representante, el distinguido doctor Zayas, expresándole nuestra determinación de preferir que el gobierno provisional lo formasen los adversarios antes que la ocupación militar extranjera.

Lo mismo pienso ahora. Y nadie me excede en admiración y ferviente simpatía a esa grande y gloriosa Democracia, cuya bandera consagrada es como el dosel de toda la Li-

bertad y el Derecho, a donde se orienta toda la fé y la esperanza de la humanidad!

No pueden por otra parte, ni el mas optimista ni el más cándido ilusionarse con la perspectiva de unas elecciones suplementarias, honradas y tranquilas, después de las escenas de militarismo, apaché y de sangre que en escarnio del sufragio ha presenciado nuestra pobre República.

Pero así las cosas, sin visible remedio, sin insensatas esperanzas de que enmiende sus pecados el Gobierno parece un mal mayor porque podría ser eterno e irreparable, jugar el destino de la Patria al azar—peligroso como ninguno—de erigir en autoridad su preta al extranjero. Se ha planteado un dilema severo.

Dentro de pocos días el país sabrá su destino.

Si los Estados Unidos responden con la anulación de las elecciones, el General Menocal decorosamente tiene que renunciar la presidencia de la República.

Es lo mismo que acaba de hacer el Presidente de Polonia, Gral. Pilsudski al hallarse en desacuerdo con las dos grandes potencias cuya aprobación más necesitaba su país. Francia e Inglaterra. Y en el otro extremo; si los Estados Unidos se niegan a la solicitud de anulación electoral, el Comité director del Partido Liberal y hasta el propio candidato el General Gómez, si llegan a asociarlo a la solicitud intervencionista veríanse en obligación moral de dimitir.

¡Dios salve a Cuba!

Enrique LOYNAZ DEL CASTILLO

La Nación
nov. 13/1920